

BOLETIN DOMINICAL

CONSAGRADO Á PROPAGAR LA SANTIFICACION DE LOS DIAS FESTIVOS.

DIRECTOR

D. ZACARÍAS METOLA, CANÓNIGO LECTORAL.

Y acabó Dios su obra, y reposó el día sétimo. Y bendijo el día sétimo, y santificólo. Gen. Cap. II, v. 2 y 3.

Santificar las fiestas.

(Tercer mandamiento de la ley de Dios)

DOMINICA 2.ª DE CUARESMA.

Bonum est nos hic esse.

No hemos nacido para vivir eternamente en este mundo. No tenemos aquí morada fija ni ciudad permanente. Vamos de paso á nuestra pátria que es el cielo. No estamos bien aquí, en esta tierra de quebrantos, en este valle de lágrimas y lamentos. Los bienes terrenos son incapaces de darnos la felicidad. Preguntad á los ricos, á los poderosos, á los que viven en la abundancia si están satisfechos, si se tienen por dichosos, y os responderán con las palabras del sábio: Todas las cosas que hay debajo del sol, no son mas que vanidad de vanidades y afliccion de espíritu.

Y no obstante se lanzan los hombres en pos de las riquezas como si ellas constituyesen el

bien supremo de su vida, y cuando llegan á poseerlas, se olvidan de Dios, de su alma, de su inmortal destino, exclamando como S. Pedro, aunque en sentido bien diferente: *Bonum est nos hic esse.* Bueno es gozar aquí. Sea la tierra nuestra morada, el goce nuestro fin, y las riquezas el medio de contentar nuestro deseo y de acrecentar nuestros placeres.

Así habla la avaricia, pecado capital que señorea los corazones y llena de males la tierra. No tengo yo palabras bastante persuasivas y eficaces para describir la gravedad de este pecado y los horribles estragos que está causando en todas las esferas de la vida humana. Pediré á los profetas sus rayos, á los apóstoles sus anatemas, á los Doctores su elocuencia y al Espíritu de

Dios celo ardiente y apostólica fortaleza para herir de muerte al demonio de la avaricia, para destruir el reinado de este vicio horrendo, para mostrar á los hombres en toda su deformidad este pecado, raíz fecunda de mil iniquidades, origen manantial de infinitos males, y causa eficaz de eterna reprobacion.

Entendeis ya el asunto de este discurso. Me propongo explicar *el pecado de avaricia y sus horribles consecuencias.*

¿Qué es la avaricia? El amor desordenado de las riquezas. ¿Es pecado amar las riquezas? Amar las riquezas y buscarlas por los medios legítimos como el trabajo, la industria, el comercio, y todo género de negocios no prohibidos por la moral cristiana, lejos de ser pecado, es un deber impuesto por Dios que condena la ociosidad y prescribe el trabajo, diciendo: ¿Por qué estais todo el dia ociosos? «Con el sudor de vuestro rostro comereis el pan.» Lo que convierte en pecado gravísimo el amor de las riquezas, es el desórden con que se aman, el afan inmoderado con que se buscan, y el abuso que de ellas hacen los hombres.

Hay desórden en el amor de las riquezas cuando se pone en ellas el último fin, ó se buscan

por medios reprobados, ó se emplean en lujo, en vicios y placeres, en vez de dar gloria á Dios, limosnas al pobre y esplendor á la piedad.

La avaricia no sólo es el pecado de los ricos sino tambien de los pobres; pecado que ha encendido esa guerra espantosa de los que no tienen contra los que tienen, guerra inevitable cuando la riqueza y la pobreza se rebelan contra el Evangelio, cuando ricos y pobres se olvidan de Dios y apartan los ojos de los bienes eternos para buscar su dicha en los bienes temporales, porque sin el vinculo de la fé, sin la firme creencia en otra vida mejor no hay fraternidad cristiana, no hay caridad en los ricos ni resignacion en los pobres; y á medida que se debilita la fuerza de la fé, y se amortigua la caridad, se encienden las concupiscencias, generadoras de conflictos sangrientos que comueven profundamente á las naciones y siembran en todas partes la ruina y la desolacion.

La avaricia es la causa de todos estos males. Por eso levanta su voz el profeta de las lágrimas, y exclama: Dos pecados ha cometido mi pueblo: abandonó al Señor, fuente de aguas vivas, y se ha cavado cisternas rotas que

sólo contienen aguas turbias y emponzoñadas. Y no pudiendo contemplar impasible la desolacion del mundo, debida al demonio de la avaricia, exclama con voz de trueno: ¡Oh tierra, tierra, tierra, escucha la voz del Señor (1). Tres veces emplea la misma palabra para condenar la avaricia de los hombres que consagran toda su inteligencia, todo su corazon y toda su actividad á los bienes de la tierra, desoyendo la voz de Dios, cerrando su corazon á las inspiraciones de la gracia, y olvidando los bienes del cielo. Así clamaba tambien el ángel del Apocalipsis que tenia la voz de aguilta voladora: *Veh, veh, veh, habitantibus in terra* (2). ¡Ay de los que habitan en la tierra! ¡Ay del que á impulso de la avaricia acrecienta su caudal y enriquece su familia (3)! ¡Ay de vosotros que poneis el corazon en las riquezas! (4).

Oid, oid los males que causa la avaricia, y las horribles desdichas reservadas á los avaros. El sábio os dice: si sois ricos, no estareis libres de culpa (5). El que se afana por ser rico, difícil

es que se mantenga inocente. *Qui festinat ditari non erit innocens* (1). Los que quieren ser ricos, se hallan sujetos á varias tentaciones y vienen á caer en los lazos del diablo, en muchos deseos inútiles y afanes prolijos que precipitan á los hombres en el abismo de la perdicion (2). La avaricia dice San Agustin es el veneno de la caridad (3), y San Jerónimo escribe á Eustoquio estas gravísimas palabras: El Evangélio dice que no es posible servir á un tiempo á dos señores tan contrarios, como Dios y el demonio de la avaricia; y ¿quién osará desmentir á Jesucristo, sirviendo á Dios y al demonio?

La avaricia dice el Apóstol, es la raiz de todos los males (4). Y para encarecer su moral deformidad la llama servidumbre idólatra (5). La avaricia hace al hombre duro de corazon, insensible á las lágrimas del pobre, falso, mentiroso, defraudador, egoísta, envidioso, usurero, difamador, violento, injusto, irreligioso, enemigo de Dios y del prójimo. Ved lo que sucede á nuestra vista y confesareis la verdad

1 Jerem. XXII.

2 Apoc., VIII.

3 Abac. II.

4 Luc. VI.

5 Eccl. XI.

1 Prov. XXVIII.

2 1. ad Tim. VI.

3 Lib. 83, quæst.

4 1 Tim. VI.

5 Ad Eph. V.

con que dice la Santa Escritura: *A majore us que ad minorem omnes avaritiæ student* (1). La avaricia señorea todos los corazones y reina en todas las clases, agostando las flores de todas las virtudes y haciendo germinar todos los vicios. No hay pecados, no hay vilezas, no hay infamias que no se cometan á impulso de la avaricia y para satisfacer esa sed de oro y de placeres que abrasa y atormenta el pecho de los mortales. *¿Quid non mortalia pectora cogis auri sacra fames?* (2). Por un vil interés se turba la paz, se pierden las amistades, se dividen las familias y se enciende en los pueblos el fuego de la discordia. Por una vil ganancia quebrantan muchos cristianos la ley de Dios, venden su conciencia, degradan su alma, renuncian al cielo y miran sin espanto el abismo de fuego, reservado á su impia y desatentada conducta en las hogueras del infierno.

Por unas cuantas monedas no teme el comerciante violar el día de fiesta, y cometer innumerables pecados, empleando la mentira, el dolo, el fraude, la exageración, para suplantar, para ofuscar, para arrancar á sus próji-

mos un precio injusto, violación infame y escandalosa del séptimo mandamiento de la ley de Dios.

A impulso de la avaricia profanan el día festivo el artesano, el industrial, el jornalero y el labrador, como si no hubiera justicia en el cielo para maldecir y castigar un trabajo anti-cristiano, condenado á la esterilidad, porque está escrito: Ni el que planta, ni el que siembra, ni el que riega, ni obra alguna puede ser fecunda, si Dios no da el incremento.

Hay que confesarlo con dolor en el corazón, con lágrimas en los ojos: De tal manera se conducen las gentes en estos tiempos verdaderamente deplorables, que parecen dispuestas á adorar á Satanás, con tal que les dé lo que buscan con ardor y su insaciable codicia, á saber: el interés material, la ganancia, el oro, único dios de las generaciones contemporáneas.

¿Y no es hora de levantar la voz contra un desorden que envilece las almas y corroe como cáncer hediondo las entrañas de la sociedad? *Filii hominum, usquequò gravi corde?* Hijos de los hombres, ¿hasta cuando sereis ciegos de espíritu y pesados de corazón? ¿Por qué amais con tanto ardor la mentira y correis como locos

1 Jerem. VI.

2 Virg. Eneí 2.

en pos de la vanidad? Buscad lo primero las riquezas de la virtud y los tesoros del cielo, y confiad que las cosas de la tierra se os darán por añadidura. ¿De qué os aprovecharía ganar todo el mundo si perdeis vuestra alma? ¿A qué tantos afanes y desvelos, para lograr unos bienes, para aumentar unas riquezas, para adquirir unas cuantas monedas que no han de librarnos de los males supremos, de la extrema pobreza y de la eterna desesperación en las horribles mansiones del infierno donde reciben su merecido los avaros y codiciosos? Porque vendrá la muerte y os despojará de todo; no llevareis á la otra vida ni un ladrillo de vuestra morada, ni una prenda de vuestros vestidos, ni un surco de vuestras fincas, ni una moneda de vuestro dinero. *Dives cum dormierit nihil secum affert.* Si; vendrá la muerte y os llevará ante el tribunal de Dios sin otra cosa que vuestra conciencia y vuestras obras. Y entonces será condenada la avaricia á los suplicios eternos, y los pobres de espíritu poseerán el reino de los cielos, Amen.



DOS CIELOS

RELATO HISTÓRICO.

IV.

(Conclusion.)

Así pasaron algunas horas, largas, terribles, angustiosas. La voz sonora y limpia de Alonso, se escuchaba solo en aquel silencioso albergue. Seguiale la débil y desfallecida de su moribundo hermano, y luego reinaba por un momento el pavoroso silencio de la noche, que solo turbaba la fatigosa y ardiente respiración de Francisco y el chisporroteo de la vela de cera que Alonso tenía en la mano. La luz del día iba lentamente penetrando por la entreabierta ventana. Alonso continuó todavía exhortando á su hermano y orando sin cesar.

Los ojos de Francisco se abrieron pesadamente, dirigió á su hermano una mirada tiernísima, y le mandó que se acercase. Alonso lo hizo así, y Francisco, con los últimos alientos le dijo estrechándole la mano:

—Hermano mio... á Dios... me voy al cielo... ¡también nos veremos allí!

Después oprimió el crucifijo contra su corazón y le besó pronunciando los dulcísimos nombres de Jesús, María y José.

El primer rayo del sol naciente

vino á iluminar el rostro del moribundo. Francisco sonrió, se incorporó, tendió los brazos al rayo de luz, y cayó sobre la almohada desfallecido. Había muerto.

Alonso se arrojó sobre el cuerpo exánime de su hermano, estampó un beso sobre su frente limpia y serena, blanca como el mármol y sin la menor arruga, y entre un raudal de lágrimas exclamaba:

—¡Dichoso tú, bendito hermano mio; ten compasión de mi y ruega á Dios que contigo me junte en la eterna mansion que habitas!

V.

Alonso conservó toda su vida dulcísimo recuerdo de aquel hermano de su alma. Oid las palabras que en uno de sus inmortales libros dedica á su memoria. «Mucho sentí su muerte; porque no solo éramos llamados juntos á la religion; mas aun porque siendo yo mas mozo, parecíame quedar solo sin él. Señor y gloria mia, perdóname la negligencia que en servir á este vuestro siervo tuve en aquella enfermedad tan larga y penosa. Llevásteis á descansar aquella bendita alma, y dejásteis acá á este pecador desagrado. Disteisle á él aquel purgatorio para que fuese purifi-

cado, y como era acendrado en el fuego de aquella penosa enfermedad, éraos agradable su alma, y por tanto os disteis prisa á sacarla de esta vida peligrosa.»

Palabras elocuentísimas, que son al mismo tiempo un tributo de amor y un panegirico acabado de Francisco.

Alonso, tras dilatada vida, rica en virtudes y buenas obras que le han merecido el honor de los altares, dejando al mundo un tesoro en ejemplos y escritos, voló á juntarse con su hermano y á cumplirle segunda vez y más plenamente aquella solemne promesa:

—¡En el cielo nos veremos!

FR. CONRADO MUIÑOS SAENZ,
Religioso agustino.

BURLA AFORTUNADA.

La Lanterne, asqueroso periódico parisiense, por burla publicó el siguiente aviso:—*El que quisiera ver milagros vaya el jueves y domingo á la iglesia de Nuestra Señora de las Victorias, desde las 7 á las 8 p. m.* Un suscriptor, harto simple, tomó la cosa de veras, y fué allí; pero no vió otro milagro que oír un sermón sobre la misericordia de la Madre de Dios: no obstante, el milagro estaba hecho. Nuestro hombre era un

viejo incrédulo, que desde muchos años estaba lejos de Dios. Mas acabado el sermón, se fué derecho al Cura-Párroco contándole su aventura y pidiéndole que le oyera en confesión. Luego que acabó, preguntó al Sacerdote qué ofrenda podría hacer á Aquella que habia alcanzado su conversión, pues tenia con qué.

—Ninguna otra ofrenda mas grata, respondió el Sacerdote, que traer al sermón, al redactor de *La Lanterne*.

—No, contestó el anciano, no quiero tratar mas con tal gente, ni ver mas su papel.

—Pero, insistió el Sacerdote, esa es la ofrenda que de vos quiere la Virgen.

El dia siguiente el convertido se presentaba al Oficio de *La Lanterne*.

—Amigo, llega V. á propósito, díjole el redactor: estoy escribiendo la crónica, ¿qué noticias trae V.?

—¡Importantes! Segun el aviso del periódico, fui á ver los milagros.

—¡Magnífico! pues?—

—Si, hubo milagros, y V. tiene que venirlos á ver el próximo domingo.

El periodista trató de excusarse: mas tuvo que acceder á la invitación.

Fueron, pues, ambos á la iglesia, y nuestro redactor, despues de unos momentos, preguntó impaciente por los milagros: Aguarde V. un poco más y verá, contestó el compañero. En esto sale el predicador. El incrédulo periodista no queria oír un sermón, y trató de despedirse del compañero: más este le detiene; por pura conveniencia, pues, se queda á oír el sermón, que al poco le conmueve hasta las lágrimas, y luego va á echarse á los piés de un confesor.

Esto pasaba en Mayo de 1879, Desde entonces el convertido periodista es colaborador en la redacción del *Univers*.

(*R. C. de las Vegas.*)

ESTADOS-UNIDOS.

Observancia de las fiestas.

«En las ciudades de los Estados-Unidos las únicas tiendas que permanecen abiertas en estos dias son las boticas... Están cerrados los teatros, los billares, los conciertos y las salas de juego; solo la Iglesia está abierta, y á las diez de la mañana próximamente, las campanas suenan en lo alto de cien campanarios para llamar á los habitantes á la oración. A esta señal las calles se llenan de

»multitud vestida con esmero.
 »A las diez y media las calles es-
 »tán desiertas, y al que se viese
 »paseando á esta hora, se le juz-
 »garía mal por las personas en-
 »cargadas de guardar las casas.
 »Hasta los niños se abstienen en
 »este día de dedicarse á juegos
 »estrepitosos, y observan en sus
 »juegos una calma y una grave-
 »dad notables. Es costumbre en
 »todos los colegios y casas de
 »pension, tener canto en los sá-
 »bados, y no el jueves, á fin de
 »que, satisfecho el sábado el ar-
 »dor de la juventud, pueda ob-
 »servar el domingo una modera-
 »ción conveniente.

»En los establecimientos pú-
 »blicos y en las casas particula-
 »res donde se baila el sábado, se
 »suspende el baile á media no-
 »che, y la concurrencia se apre-
 »sura á retirarse á esta hora, sin
 »pensar siquiera en murmurar
 »de los límites que sabe ponerse
 »á sus mismas distracciones.»

El día 25 de Enero, fiesta de la
 Conversion de S. Pablo, el pintor
 húngaro Bohuny hizo la abjura-
 cion del protestantismo en la
 iglesia de Ntra. Sra. de las Gra-
 cias de Roma. La Conversion del
 artista se debe principalmente á
 un hermano suyo; convertido ya
 hace tiempo, que despues de ha-

ber profesado en una órden reli-
 giosa de Roma cayó gravemente
 enfermo y escribió á su hermano,
 que estaba en Hungría, manifes-
 tándoles sus deseos de verle an-
 tes de morir. El pintor se puso
 inmediatamente en camino y lle-
 gó á tiempo para recibir el últi-
 mo suspiro de su hermano. Fué
 tal la impresion que causó en el
 ánimo del artista la muerte re-
 signada y ejemplar del religioso;
 que desde luego se resolvió á
 abrazar el catolicismo, verificán-
 dolo bajo los auspicios del Arzo-
 bispo de Calcedonia Mons. Se-
 llua.

El soberano de Montenegro ha he-
 cho expresar á Su Santidad el deseo
 de restablecer la jerarquía católica en
 el Principado, donde, como es sabido,
 impera de antiguo el cisma.

Se espera en Roma una gran pere-
 grinacion de católicos del Brasil.

«Es forzoso que Jesús ame muy apa-
 sionadamente á los hombres, pues, sin
 ser poderosa á detenerle la inmensa
 gloria que goza despues de la Ascen-
 sion, en el Cielo, baja á ponerse todos
 los días en un estado humilde y oculto
 sobre nuestros altares, para dar cum-
 plimiento al excelso de su amor y
 ternura, dándonos á cenocer la ver-
 dad que nos dijo por su Profeta: «Mis
 delicias son estar con los hijos de los
 hombres.»